

Perder la cabeza en el 2000

MIGUEL ESCUDERO

Existen miles de lenguas y decenas de alfabetos, pero podría hablarse de las cifras como del único y auténtico lenguaje universal. Georges Ifrah, autor de una reciente y enciclopédica historia de las cifras, ha destacado la ausencia de una torre de Babel de los números, los cuales, una vez asimilados en un sistema, han sido comprendidos en todas partes de la misma manera. El sistema de numeración que tenemos ha sido denominado perfecto por ser el más breve y eficaz en signos de los que ha habido y podemos imaginar, y su clave de bóveda es el cero. Puede decirse del cero que es un hallazgo tardío y que está dotado de dos sentidos: el propiamente numérico de cantidad nula y el de “vacío”. Por cierto que

sifra significa vacío en árabe, y cabe imaginarse al gran Carl Gauss escribiendo sus obras en latín y emplear, todavía en 1801, la palabra *cifra* con el significado de cero.

Autores arábigos-musulmanes fueron los llamados a vincular numerosos conocimientos de la India con los de Occidente, entre ellos el revolucionario cero, y mostraron al mundo que la ciencia es de quien la trabaja y no es propiedad de una casta ni de un pueblo *potentado*. Pero trabajar la ciencia exige saber dudar, lo cual supone la necesidad de hacerse con un método; Ortega dijo de la duda que es “la hermana bizca que tiene la ciencia”. Para ser fiel a sí misma, la ciencia tiene que saber

cuestionarse su propio quehacer y requiere una dimensión externa para proyectar su mejor luz. La ciencia es necesaria pero no suficiente en nuestra existencia: no puede hacerse cargo, por ejemplo, de la realidad fundamental que es la vida *humana*, en la que radican todas las demás, y la cual sólo es posible cuando se interpreta y entiende como tal vida y como un área, por tanto, en donde cohabita el pasado con el futuro. Cuando los hombres y los pueblos están seguros de lo que no pueden estarlo *pierden la razón por partes*. Y este desarme es la mayor amenaza que pende sobre la condición humana.

El propio Ortega escribió en su *Renan* que “la verdad tiene este privilegio eucarístico de vivir a un tiempo e igualmente en cuantos cerebros se lleguen a ella”. No ha lugar a razas superiores con las que justificar la explotación de seres “inferiores”, desposeídos de su carácter personal. Hoy como ayer, hay —¿quién se atreverá a negarlo, cómo podría hacerlo?— talentos desigualmente repartidos y concentrados en las distintas sociedades. Pero hay que recordar que no hay superioridad “natural” ni automática que sea *venerable*, la que merece reconocimiento y *emulación* es la que deriva de un esfuerzo exigente, coherente e imaginativo, y parte de saber que la inteligencia que la sustenta siempre es problemática y desde luego insegura.

Roma fue un pueblo que alcanzó un nivel técnico muy alto, con una aceleración de progreso superior a la de otras sociedades. Sin embargo, nos legó un sistema de numeración inútilmente complicado, huella indudable de una forma de pensar arcaica. (¿Alguien pretende ser el primero de la clase en todas las asignaturas y de manera sempiterna? Si lo hubiera, habría que repetirle lo que escribió Quevedo: “en todo mi propia ignorancia me sirve de penitencia”). De modo fatal, aquellos tiempos de esplendor y miseria ya pasaron y no volverán, pues el tiempo ni vuelve ni tropieza. Podemos, no obstante, indagar la clave de

aquella forma de pensar y de vivir, y si la captamos acaso encontraremos afinidades que nos sirvan de referencia y de guía en nuestro camino personal, pero nunca una *identidad* que haga que aflore o se libere nuestra intimidad. (El pensador italiano Vattimo ha denominado a Occidente como “lugar de la negación de la identidad”, pero en nuestra Península hay políticos con cotas de poder empeñados en contradecirlo y que declaran la identidad como mito justificador de sus proyectos; por eso pugnan por hacernos vivir en países *virtuales*, impregnados de ficciones).

Si contemplamos a las distintas sociedades occidentales, se observa, al lado de un desarrollo tecnológico deslumbrante, un innegable auge social de la superstición —refugio de frustraciones y aburrimiento. La tendencia a dar excesivo valor a las nociones científicas o pretendidamente científicas se conoce como *cientificismo* y es una enfermedad del espíritu científico, la cual puede afectar tanto a legos como a eruditos. El mencionado Ifrah destaca la extraña paradoja de una civilización milenaria como la nipona, actualmente en la cima de la ciencia y de la tecnología, pero que ha conservado supersticiones y temores que nadie pensaría subvertir desde dentro. Así, recuerda el temor de los japoneses hacia ciertos números, que ha llegado al punto de eliminar de hoteles y clínicas el 304 y el 309; a excluir de los aparcamientos los guarismos 4, 9, 14, 19 ó 24, o bien suprimir de los aviones el 4 (se debe indicar que en el sistema sino-japonés el cuatro se denota *shi*, “la muerte”, y esta agorera etimología ha sido reprimida y reemplazada por otro término *inofensivo*).

En el origen de las gráficas de las cifras, se hallan vestigios de un pasado inmemorial con un pensamiento lógico muy retrasado. Abreviaturas que además de servir para anotar y retener los números, parece que buscaban confundir a los profanos y ocultarles ciertos significados de

fuerza e ideas mágicas que *permitían* conectar con una *realidad profunda*. En una curiosa relación entre cifras y letras, la civilización mesopotámica adoptó para el número diez mil la etimología de la cantidad “más grande” y, por otro lado, la sutil cultura india denominaba el billón como *parardha* (“mitad del más allá”) y al cinco lo expresaba por *pavana* (“purificación”).

De los dígitos de la mano se pasó a los ábacos (que la Revolución francesa prohibiría). De éstos se saltó a las máquinas mecánicas de calcular, y luego a los ordenadores, siempre a partir de unos mecanismos de pensamiento que desbloquearon la imaginación. Por cierto que el año que viene se celebrará la muerte de Ramón Verea a los sesenta y seis años de edad. Verea fue un gallego que se embarcó hacia Cuba en 1854, después de abandonar sus estudios eclesiásticos comenzados cinco años antes. Este hombre de letras trabajó durante diez años en la Perla del Caribe como maestro de escuela y como periodista, hasta que se trasladó a Nueva York. Familiarizado con las máquinas impresoras, se dispuso a construir una calculadora y en 1878 patentó una pequeña máquina capaz de efectuar directamente todas las multiplicaciones con números de dos cifras, por la que fue galardonado y aún hoy día recordado. Cuando unos periodistas neoyorquinos le preguntaron cómo iba a realizar la comercialización de su invento, él contestó que esa cuestión no le interesaba, ya que su único objetivo había sido probar que el problema podía ser resuelto, y sobre todo demostrar que un hispano era tan capaz como un norteamericano de dar pruebas de astucia e imaginación.

Este final de siglo ha ofrecido un error de extensión universal. Hace cosa de dos decenios, con el objeto de ahorrar memoria, se eliminaron de numerosos programas informáticos los dos primeros dígitos del número del año. En lugar de anotar los ocho

dígitos de una fecha, correspondientes a año, mes y día (por este orden), se anotaron los seis últimos; obsérvese la conservación de dos cifras para los meses: febrero, por ejemplo, viene dado por el 02, el cual no se trata de un cero a la izquierda al llevar en esa secuencia el año por delante. Este ahorro generalizado ha costado caro, puesto que “la ciudad alegre y confiada” de los ordenadores se ha encontrado con el paso cambiado ante la llegada del nuevo milenio, y se ve obligada a rectificar. En efecto, en caso contrario, al llegar al año 2000, los programas pasarían a marcar la fecha 00, dos cifras que nos devolverían a comienzo del siglo XX. El problema no es que sean “ceros a la izquierda”, sino que se manifestaría al medir el tiempo y tomar distancias entre fechas: el 2000 menos el 1998 señala un salto de dos años, pero el 00 menos el 98 resulta -98, con lo que el caos estaría organizado. Todavía no podemos manejar el tiempo al buen tuntún. Curiosamente, este inesperado problema de programación no admite, hoy por hoy, una solución universal y requiere actuar con correcciones particulares y hechas a la medida para solventarlo. Por cierto que no poca gente anda especializada en remediar estos entuertos. Son ironías de los tiempos, que encierran su moraleja: hay que tomar siempre la distancia adecuada para no perder el sentido histórico. La imaginación es una fuerza imperecedera que hay que cultivar incansablemente. A menudo nos apresuramos a menospreciar o tirar cosas que por pereza o poco juicio, no llegamos a comprender suficientemente bien. En este denominado “efecto 2000” mucha e *importante* gente perdió la cabeza por mimesis colectiva; recuperarla lo tienen que hacer ahora deprisa, por partes y de forma individual.